



COMISIÓN 3

Licenciatura en Comunicación Social

Índice

1. Los habitantes del Teatro Municipal. Paula Alarcón
2. Un viaje que no volvería ahacer. Lilén Alvarado
3. Sueño profundo. Agustina Araujo
4. Mi vida amorosa. Valentín Baldovino
5. Sr. Presidente. Malena Baudino
6. De Mortis Naturae. Iván Cares
7. Sueño de una noche de verano. Alana Daniela Czajkowschi
8. Lo que sucedió. Ignacio Corsi
9. Somos un número más. Karina Carozzi
10. ¿Qué es la vida? Mauro Andrés Durandal
11. Encuentro del desencuentro social. Matías Espinoza
12. Mejorar el país. Aritz Fernández
13. Parálisis. Jeremías González
14. El viaje que nunca hice. Camila Garay
15. La fiesta a la cual concurrió la ignorancia. Joaquín García
16. Tiempos Violentos. Mauricio Hernany Paz
17. La decisión correcta. Jérica Martina Iannotta
18. No se fue. Silvana Iaconis
19. En el jardín de la muerte. Antonella Larrañaga Debetak
20. Renovación. Lucio Lino
21. El viaje que no volvería a hacer. Mateo López
22. Señor Mauricio Macri. Valeria López Duque
23. Inevitable. Eva Mareco Cianis

24. Sr, Bolsonaro Jair.Igor Matheus Da Fonseca
23. Humanidad inhumana. Octavio Musolino
- 24.Temor de no volver. Brenda Páez
- 25.Pesadilla. Melany Pardo Olivera
- 26.Verdad. Tomás Peralta
- 27.¿Qué es la muerte? Juan Pedro Riera
- 28.Reflexión de clases.Kevin Rosino
- 29.El viaje que no volvería a hacer. Soulange Segura
- 30.Carta al intendente de La Plata. Martín Vilela
- 31.El primer día. Sayi Zabaleta

Los habitantes del Teatro Municipal

Paula Alarcón

Era normal escucharlos, o por lo menos eso sentíamos cuando estábamos todos reunidos y disfrutando del baile. Pero subir cuatro pisos oscuros, a un altillo viejo y tétrico, tenía esa energía que erizaba la piel.

Durante mi adolescencia, mi segundo hogar era el Teatro Municipal de mi ciudad, donde practicaba danza clásica. Iba de lunes a sábados y por lo general ya avanzada la noche, por ende, la luz era poca para llegar a la sala.

Siempre escuchábamos pasos, o en la misma sala, las puertas de los camarines se cerraban solas, a veces habían risas, otras realmente sentías a personas y como estábamos todos en la sala, había que revisar, por si entraban a robar. Pero siempre eran “ellos”, los “habitantes” les llamaba mi profesora, quien hacía alusión a los espíritus como verdaderos cuidadores del teatro.

—No hay que tenerles miedo— decía mi profe. —Sólo habitan su espacio, nosotros los invadimos.

Entonces, siempre que nos visitaban, las saludábamos y ya. Hasta que me tocó ensayar sola... Estaba bailando para una presentación, mi compañero se había ido y yo debía cerrar. De pronto sonó un portazo de aquellos, pasos y murmullos desde el camarín. La piel se me hizo de gallina, pero recordé las palabras de mi profesora, me hice de valor y abrí la puerta, claramente no había nada visible, pero sí se sentía una energía diferente. Sin dudar, me cambié rápido y bajé las escaleras corriendo, nunca más ensaye sola.

El director de mi escuela de baile nos contaba tantas historias del escenario, es que siempre he creído que los teatros tienen muchas energías acumuladas, más cuando están por tantos años recibiendo gente. Sombras, ropas que se perdían, mujeres con trajes antiguos que se paseaban en las presentaciones, nunca vi una, pero cuando más de uno lo ve, llegas a creer.

Lo más loco que pasó y si quieren pueden buscar la noticia en internet, fue el colapso del techo del escenario. El teatro era tan viejo que prontamente iban a remodelarlo. Supongamos que debía ocurrir dentro de un mes, pero una mañana la

ciudad se despertó con la noticia, el techo del edificio se vino abajo, no quedó nada de él.

Un viaje que no volvería a hacer

Lilén Alvarado

Como habíamos acordado partiríamos a las 6 de la mañana. A las 5:30 golpearon nuestra puerta. Eran mi tío Cristian y su madre Florentina. A decir verdad, nunca supe si Florentina era realmente su nombre, simplemente, nunca me tomé el atrevimiento de preguntárselo, por alguna razón tenía que hacerlo. Aquel frío invernal chocó en mi rostro, al abrir la puerta, y pareció al fin despertarme por completo. Ambos lucían despabilados, como si fueran las 3 de la tarde y acabaran de tomar un café. Traían consigo bolsos idénticos, él parecía no llevar absolutamente nada, le pregunté, sonriendo, había olvidado empacar, luego miré el bolso que a duras penas cargaba Florentina, y deduje, naturalmente, que ella llevaba todo. Él se sonrojó y comenzó a reír:

-¡Trae consigo todo kit de supervivencia! No me permitió que la ayudara.

Ambos viven muy cerca, exactamente a dos casa y un terreno que hace años se encuentra a mi lado completamente vacío, sin embargo, muy rara vez nos veíamos. Siempre, tuve un inevitable rechazo a las personas extremadamente apegadas a la religión, recuerdo que por ello solía negarme a visitarlos. Las pocas veces que iba a ver a mi abuelo, ellos se encontraban allí, sin más que hablar sobre la iglesia.

Florentina es, en realidad, madrastra de mi madre, durante años ellas han mantenido distancia, pues su historial, por así decirlo, no es muy agradable, ella tiene un carácter muy fuerte que parece ocultarse detrás de su voz suave, ya mayor. Me daba la sensación de que de alguna misteriosa manera lograba hacer con la gente lo que ella quería, mi abuelo es un claro ejemplo; pues ahora, luego de meses sin vernos, incomunicados, y tras tan solo una visita y una charla, estábamos ahí con mi madre a punto de emprender un viaje en su compañía. Yo realmente acepté acompañados porque el viaje no era muy largo y al cabo de 5 horas seríamos bienvenidos a Puerto Montt, Chile.

Olvidé presentar a mi tío, de él no tengo mucho que decir. Por momentos, da la apariencia de ser alguien agradable, pero luego, hace ciertos tipos de apreciaciones que realmente no comparto en lo absoluto.

Veía venir momentos de absoluta incomodidad en este viaje, pero decidí ignorar mis pensamientos y pasarla bien con mi madre, ya que, a pesar de todo, viajaríamos gratis en su auto. Eran las 5:50, luego de una breve charla, ya era hora de cargar nuestras pertenencias al baúl. Los asientos ya parecían estar dispuestos. Florentina se sentó del lado del acompañante. Cristian maneja. Mi madre y yo nos sentamos detrás. Teníamos mucho sueño, apoyé mi cabeza en su hombro, disponiéndome, por fin, a dormir otra vez. Mis planes fueron interrumpidas abruptamente, apenas subimos al coche, la anciana prendió la radio, se colocó sus anteojos y empezó a revolver una bolsa que llevaba en su cartera repleta de CD`s. Finalmente, se decidió por uno. Un hombre comenzó a gritar en los parlantes del auto, se trataba de un predicador; el resto del viaje escuchamos música cristiana, y yo me dediqué a sufrir cada minuto que llevaba en ese vehículo. Sin que aún me esperaba pasar por el tormento de una ceremonia religiosa, una especie de confesión guiada por la hipocresía de Florentina, en la cabaña en la que más tarde nos instalaríamos.

Sueño profundo

Agustina Araujo

En mi se queda el miedo intermitente, mi mente se despierta primero, antes que mi cuerpo. Todavía recuerdo los caminos transitados con sus patas largas, pensando que era tan solo un sueño profundo en mi cama, asomándose una sombra por la puerta de mi habitación. Me encuentro sin reaccionar ante ningún estímulo, sin hacer nada, inmóvil. Entre palabras y pensamientos, sintiendo su respiración por momentos lenta, me hunde lentamente en mi abismo. Solo me excluye parcialmente mi miedo a enfrentar y batallar tanta oscuridad. Me gustaría que tales entes que me abruman, no me dejan descansar, estén menos frecuentes en mi cabeza. A mi lado está mi amiga, sé que la veo; necesito su ayuda para despertar de éste sueño tan abrumador.

Solo recuerdo de ese día, haber llegado a mi casa cansada, sentir la delicada almohada y caer en un sueño profundo. Entiendo que no es algo nuevo en mi vida, es habitual, pero es una situación que cada vez la enfrento con sorpresa. Por ende, siempre son alucinaciones, percibo lo que sucede alrededor, tiene una duración de pocos minutos. Presiento solo toca aceptar la realidad.

Mi vida amorosa

Valentin Baldovino

Mi historia de mi primer amor, fue así muchos dirán será loco, para algunos será algo tonto o imbécil. Pero no entiendo porqué doy tantas vueltas, empiezo Joel era un chico que para el fui un amor platónico por el simple hecho de que, para el soy y, seré su amor, va no se eso lo qué me dijo él, Joel me empezó a hablar vía chat porqué le había interesado mi perfil, charlamos, hacíamos llamadas hasta tarde. Pero lo que yo no sabía que él estaba enamorado. Resulta que el me coqueteaba y yo no pegaba ni una indirecta, pero a la vez me parecía lindo, pero me sentía confuso con mi sexualidad. Ya que para mi familia la homosexualidad la veían mal, el en la semana me empieza a seguir en *Instagram* y le daba muchos *like* en mis fotos. En un momento me sentía mal, porque creía que estaba mal obviamente que me guste los hombres.

Hasta que un día le propuse: poder ser “amigos” y después ver si más adelante ver si da para ser novios. Empezamos a hablar, y la química había más y más, luego de tanta charla, el me plantea si quería ser su novio, obviamente si no me molestaba. Cómo Joel ya sabía que me costaba elegir una orientación sexual.

En fin le dije que sí. Y así transcurrió mi historia amorosa.

Carta al Presidente Macri

Malena Baudino

La Plata, 11 de junio de 2019

Sr. Presidente:

Tengo el profundo desagrado de dirigirme hacia usted, con el único objetivo de manifestar mi descontento, como ciudadana y sujeta de derecho argentina, hacia las medidas y políticas ejecutadas por usted y su gabinete de inoperantes fascistas y lacayos del Imperio.

Si bien he dicho que busco quejarme de sus acciones políticas, debería de corregirme, ya que es más bien su falta total de ocupación en asuntos de materia de derecho, y la ausencia de (buenas) políticas públicas, lo que hace su completa incapacidad para representar, organizar, y proteger al pueblo que ha decidido cederle su poder soberano.

No voy a enroscarme en hablar sobre como su “triumfo” electoral no fue más que un siniestro plan de adoctrinamiento, cargado de cómplices y persecuciones políticas. Pero sí lo utilizaré para darme el pie de hablar sobre el nefasto plan de alienación, marginación y erradicación que usted, junto a séquito de “empresarios” e intelectuales” continúa llevando a cabo impunemente por la vía legal.

Con la cara y la voz de sus cómplices mediáticos y burocráticos, se ha empeñado (y exitosamente) en desaparecer todo tipo de herramienta estatal, gratuita, y de fácil acceso, que permitiera la visibilización e incorporación social de aquellos sectores marginados, y olvidados por el Estado (además de empobrecidos, producto también de sus políticas neoliberales). Y bajo la misma estrategia ha incitado a la persecución entre pares, la criminalización de la niñez y el odio entre los integrantes de un pueblo que debería unirse en la lucha para echarlo a usted a patadas de nuestra Casa Rosada.

Ahora, como bien dijo nuestra gobernadora, no solo nadie que nazca en la pobreza llega a la universidad, sino que muchos no llegan ni a la secundaria, y no se debe a su condición de pobre, se debe al des financiamiento de la educación, la clausura de instituciones educativas o porque son asesinados fríamente por policías a los que luego condecoran. Pero así como desearía lanzarle esta carta dentro de una botella en llamas directo a su cabeza, también quiero que sepa que gracias a su desidia política, los que creemos en nuestros juventudes, y en que militando y haciendo, hay posibilidad de combatir a su gobierno del hambre y la miseria, seguiremos yendo a los barrios a hacer lo que no hacer, a dar lo que falta, a resistir con los que intentan desaparecer y a acercar una posibilidad y una

esperanza, para que todos aquellos que han sido excluidos y perseguidos, sean (y haga) la diferencia en octubre.

Lo saludo cordialmente,

Malena Baudino

De Mortis Naturae

IvánCares

¡Madre, Padre! ¿Por qué la vida es tan distinta para todos si la muerte será la misma? El fin último, la dispersión total de los átomos, la misma palidez para todos los rostros, el mismo frío para todos los cuerpos y mismas lágrimas de los que quedaremos.

No quiero ya utilizar un sombrero distinto para cada reunión, ni tampoco un vestido hermoso para cada fiesta, aún menos para mi velatorio, no quiero, ya no puedo disfrutarlo en vida, menos podrá hacerlo mi cuerpo inerte dentro de un ataúd oscuro.

Ustedes no ven lo hermosa que resulta la muerte de aquellos que tanto sufrieron en vida y lo hermosa que será para aquellos que feliz la han vivido.

No me importa saber si tendré una vida ultraterrenal, ahora que he visto que, sin importar la riqueza o la pobreza material, terminará mi cuerpo en un hueco húmedo, oscuro ¿Cuánto tiempo tan desperdiciado todos preocupándose por tales asuntos? Yo soy la única dueña de mi vida y por ello también tengo la potestad y valentía de decidir cuándo y cómo acabarlo si el color de ésta ya no me agrada.

Por favor, no te angusties Madre, Pobres aquellos se disgusten con mis palabras y feliz por quienes sepan comprender.

Dicho esto Laura arrojó el sombrero al suelo ante la mirada atónita de sus padres y se fue corriendo al jardín a jugar con los animales aprovechando los últimos rayos dorados del sol.

Sueño de una noche de verano

Alana Daniela Czajkowschi

¿En dónde estoy? Sé que conozco éste lugar, es mi colegio, pero no hay nadie. Todo es tenue, sepia. Miro por la ventana y los niños no corren ni juegan a las escondidas en el parque. Veo mis manos tan pequeñas, no son las mías, ¿qué ocurre, soy de nuevo niña?

Camino por los pasillos y están vacíos, tengo miedo. De golpe se hace de noche y siento un frío viento que me congela los pies y proviene debajo de la puerta que da al patio. Decido salir, y aunque creí que sería difícil, para mi sorpresa, la puerta estaba sin llave. Al abrirla un denso humo negro invade el pasillo y comienzo a ahogarme, no puedo respirar. Tapo mis vías para salir de allí y al alejarme lo suficiente comprendo que es la escuela que está en llamas, yalo lejos escucho gritos de auxilio.

Todo está encendido fuego incluyendo el sum, de donde provienen los gritos. El humo es cada vez más espeso y mis pequeños pulmones me suplican que salga de allí, pero no puedo, estoy inmóvil. Comienzan a pesarme los ojos, como un fuerte sueño que me atrapa y reina; mis párpados se cierran.

No entiendo qué ocurre, me encuentro nuevamente dentro del colegio pero ésta vez dentro del sum y escucho voces. Al abrir mis ojos me doy a entender que los chicos de último año están haciendo su obra de teatro, escenifican “Sueño de una noche de verano”, o eso creo. De repente uno de los reflectores del techo comienza a largar humo y a incendiar la escenografía. Todo es fuego y caos, los espectadores y actores corren. En medio del pánico voy en otra dirección para salir más rápido y llego por un pasillo a aquella puerta que da al patio, aunque para mi desgracia ahora tiene llave. Entro a todas las aulas buscando una ventana que esté abierta, pero ninguna lo está, no voy a lograrlo, el humo se acerca. Con mis pequeñas manos intento levantar una silla para crearme una salida, pero son muy pesadas y no tengo la suficiente fuerza. El humo me alcanza, entro en pánico, no puedo respirar. Me encierro en el baño de un aula y abro la canilla y la pequeña ventana que está pegada al techo, me subo a la mochila del inodoro, no me queda mucho tiempo. Escucho los gritos de miedo y en mi último aliento escucho mi nombre.

Lo que sucedió

Ignacio Corsi

Cecil deseaba con lo más profundo de su corazón y su ser, saber lo que había ocurrido. Aunque esto le doliera a Virginia, no le iba a contar para no romper la promesa con el fantasma.

Lo que sucedió, lo que tanto quiere saber Cecil y Virginia esconde, es lo siguiente. Cuando Simón se llevó a Virginia a ese lugar secreto de Canterville-Chase, le hizo jurar que no contaría nada a nadie.

Virginia no podía creer lo que veían sus ojos, una habitación realmente aterradora, donde solamente se iluminaba un sendero hasta el final de ella, a sus costados se oían ruidos de todos tipos de seres y a distintas distancias, como si la habitación no tuviera paredes en los costados. Al final del sendero, había una especie de lugar especialmente para realizar un ritual o sacrificio. Cuando llegaron al final, el fantasma le hizo pararse en el medio del espacio. También, le hizo repetir al compás una serie de palabreas inentendibles. Al finalizar el ritual, Virginia y el fantasma comenzaron a elevarse, una luz brillante salió del pecho de ambos y se conectaron en el medio. Lentamente sus cuerpos se comenzaron a acercar en el aire, cuando de repente, una especie de implosión se adueñó de la sala.

Simon había metido su alma en el cuerpo de Virginia y encerró el alma de ella en la habitación.

Simon volvió al mundo como Virginia, y nadie lo sabrá.

Somos un número más

Karina Carozzi

Sucedió en nuestra querida ciudad un 29 de octubre de 2019, dentro de un contexto de comienzos de un nuevo intendente en el municipio el señor Garro; debido a sus nuevas políticas en cuanto pasó muy poco tiempo muchas familias se quedaron sin un sustento laboral para sus hogares, ya que muchos negocios independientes, empresas y lugares laborales del estado habían sufrido despidos, con la única explicación de abaratar costos.

Esta historia está situada en una familia de clase media que rápidamente cambiaría su rumbo, madre y padre en una sola persona, se vio obligada a sumar una entrada más y sumarla a su actividad.

Esta mujer que trabajaba en una maderera como vendedora y en donde desempeñaba tareas varias, fue a una entrevista por unos contratos para trabajar en la parte administrativa con un sueldo de diez y trece mil pesos, asistió a esa entrevista en el barrio La Loma, donde jamás hasta transcurridos seis días, pudo salir.

Fue sometida a torturas, violada y tirada en el mismo barrio ya que sus familiares comenzaron a buscarla, fue internada al borde de la muerte, ya que su estado era crítico.

Para darle su oración asistió a ese hospital una monja de 33 años en ejercicio de nuestra catedral y un cura, también para darle su sanación y oración, este cura llamado Carlos la llamó princesa, esta mujer dentro de toda esa monstruosidad que le tocó vivir, esas presencias en medio de tanto dolor, fueron su gran continuación para empezar a preguntarse y ubicarse en tiempo y espacio darse cuenta de su tan triste realidad de haber pasado por tanta monstruosidad, que solamente la visitaron su familia misteriosamente su jefe nunca la había visitado para saber de su suerte, esta es una de tantas historias, que nos deja un claro mensaje, somos un número más en esta ciudad tan estructurada y burócrata, que solamente nos dan importancia para cuando necesitan votos y llenar requisitos.

¿Qué es la vida?

Mauro Andrés Durandal

La vida es, entre otras cosas, una maravilla. Una maravilla con todo lo que engloba, como una caja de bombones, no sabés lo que te puede tocar. Puede ser que venga el relleno más delicioso, como también, el menos apetitoso y más amargo, pero en cualquier momento, a todos nos tocan ese destino inevitable, de comernos el chocolate que no nos gusta.

Con la muerte de Scott comprendí eso, en mi mente se atraviesan muchas cosas, ¿Qué está bien y qué está mal? Nos detenemos a pensar en lo correcto, en seguir las

normas, en quedar bien con otras personas que, muchas veces, nos olvidamos de ser nosotros mismos.

¿Para qué tantas reglas? ¿Qué necesidad hay de seguir lineamientos según la clase social a la que pertenezcamos? Si al final terminamos de la misma forma, ese destino inevitable, que es la muerte, aquella que verdaderamente no discrimina. Estoy cansada de vivir tratando de agradarle a toda la sociedad, quiero ser yo misma y seguir mis ideales ¡Me niego a vivir una vida estafalaria y llena de mentiras!

¿Quién soy? ¿Quiénes somos en realidad? Somos el reflejo de nosotros mismos. Somos lo que queremos ser, pero en realidad, no acabamos de serlo. Usamos un escudo protector llamado personalidad, carácter. Muchos se hacen los duros, otros se hacen los sensibles, pero ¿Y si en lugar de hacerse, se deshacen? ¿Y si ese afán por agradar a los demás no hace más que destruirnos por dentro?

Nos encanta regodearnos de lo que somos, de lo que hacemos. Buscamos el continuo reconocimiento, lo cual es extraño, ya que el mundo tira al más absoluto individualismo... muy lógico todo.

Esto no es una queja ni una crítica, yo no me excluyo de nada, es solo una observación. Buscamos constantemente el verde que de fe, que todo lo que hacemos está bien.

Encuentro del desencuentro social

Matías Espinosa

¡Bienvenidos! Que gusto volver a verlos todos reunidos en esta hermosa habitación blanca, por más que sea un espacio reducido y no tengamos mucho lugar para desplazarnos, pero nuestro objetivo no se va a ver afectado. Me tomaré el atrevimiento de presentarlos y darles la bienvenida a cada uno. Primero sea bienvenida la Doctora Ine, la cual nos dará el punto de vista clínico sobre el objeto a tratar; segundo, dando el enfoque social y militante, el Licenciado S. Santos; por el lado de lo espiritual, le damos la bienvenida al Padre Francis Laj; y por último, y no menos importante, representando a la economía del sujeto, Axel Dujollof, vendedor de diarios.

Dado ya el reconocimiento que se merecen los presentes, vamos directo al grano, concentrarme en volver a ser solamente Agustín. Una vez logrado el cometido, podremos salir y retornar a la “libertad” que nos recomiendan. Usted doctora dice, que no es normal esto, nadie es sosteniblemente cuerdo ante estas situaciones. En cambio, el Licenciado S. S. dice, que sea libre de ser quien es, por más que sean épocas de cambio. El Padre Francis se niega rotundamente al diálogo, las cosas se hacen como la iglesia lo dicta. Axel, en cambio, más allá que lo vea raro, no le afecta a su billetera, que es lo más importante.

Dadas las posturas, podemos comprender una discrepancia abismal, si ellos siendo yo, no se ponen de acuerdo ¿Cómo lo voy a hacer yo? Lo bueno, es que tengo tiempo para ponerlos de acuerdo y sacar adelante esta vida llena de vidas en un vacío blanco. Los de afuera me repiten constantemente qué hacer y cómo ser, prefiero el trato cordial con mis ellos que nunca se van y me dejan atado a la fuerza. El debate continuará la próxima semana, a la misma hora y en el mismo lugar.

¿Doctora? ¿Ya es hora de tomar las pastillas? Muchas gracias, ahora voy a estar más tranquilo. Por último ¿Me puede desajustar la camisa?

Mejorar el país

Aritz Fernández

Buenas tardes señora gobernadora, hoy me dirijo a usted para plantear una reforma educativa. Desde mi postura cada estudiante ingresante a una universidad pública, con una previa formación de carácter estatal; toda mi vida contabilicé los errores del sistema educativo, los chicos se aburren en clase, a la mayoría de los profesores no les importa, solo los ignoran y siguen la clase.

Mi propuesta es mejorar esmejorar el plan escolar, brindar clases interactivas, dadas con ayuda de personas con otra formación a parte de la docencia. Los alumnos merecen una mayor inversión en sus estudios, contar con tecnología, la capacidad de poder realizar actividades extracurriculares. También pido una mayor inversión y las equitativas en las universidades del país. Los alumnos de ciertas carreras no reciben ni la mitad que los de otras, y esto debe cambiar. Cordiales saludos.

Parálisis

JeremíasGonzález

Una vez más, despierto y no me puedo mover, me duelen los ojos cuando intento abrirlos y al hacerlo me doy cuenta que me observa. Es ella, la misma sombra de siempre, conmigo trae el frío que me congela, el horror y el pánico.

Esta vez es diferente, no puedo gritar ni hacer ruidos con la boca, el terror me tiene inmóvil y mi desesperación es cada vez peor. En mi pieza reina la oscuridad, es hace que no pueda ver bien las pocas cosas que veo, pero ella va más allá de eso; la puedo sentir ahí, viéndome.

En el fondo sé que esto se acabará, suele suceder que una no puede hablar en estas situaciones, pero al fin y al cabo terminan.

Los minutos son eternos, hay algo que anda mal y cada vez tengo más frío. Al abrir y cerrar los ojos en un intento por ver veo a la sombra, lo tengo al lado de la cama, mi corazón no para de acelerarse y el frío está superándome; como si fuera sucumbiendo ante él cada vez más y más.

Veo todo como si fueran fotos y los minutos son infinitos, ella ahora está arriba mío. Me aplasta el pecho y el frío para a estar adentro mío, adentro de mi cuerpo, al respirar el aire helado empieza a ahogarme ¿Será esta la sensación de estar muriéndose?

La tengo en frente de mi cara y matan esos ojos, que nunca antes se los había visto. Son como dos mares helados durante la noche, lo único de lo que estoy seguro es que no me voy a olvidar de ellos el resto de mi vida.

No aguanto más, lo único que puedo hacer es temblar, no desaparece la sombra, no seque quiere de mí. Me duele el cuerpo de tanto intentar moverme y de tanta presión en el pecho, y esos ojos simplemente no desaparecen.

Finalmente desapareció y con ella se fue la noche, el rayo de sol entrando por la ventana hace que respire y comience a tranquilizarme.

El viaje que nunca hice

Camila Garay

Junio de 2014, mi papá comenzó a planificar nuestro viaje al fin del año.

Era nuestra única oportunidad para poder disfrutar de diversos lugares en Centroamérica y seguir aprendiendo sobre nuestras raíces, era nuestra forma de reencontrarnos, con nosotros mismos, con nuestro alrededor, con la naturaleza, y así, poder aplicar el aprendizaje obtenido en nuestra cotidianidad.

Ese año elegimos Panajachel, una ciudad al oeste de la ciudad de Guatemala, que se encuentra en la costa norte del lago Atitlán. Elegimos éste lugar por su diversidad de flora y fauna, su accesibilidad a pueblo de origen maya, donde la compañía y energía de cada individuo fluye en el aire y te acoge.

La naturaleza en toda su complejidad te envuelve haciéndote sentir insignificante al estar rodeado de ella.

Al tener previa experiencia en Guatemala, tanto mi papá como yo habíamos internalizado sus carreteras principales, que conectan un departamento con otro, sus paradas de autobuses e inclusive sus hostales más económicos para pasar la noche.

Puedo afirmar que todo estaba más que calculado para esta experiencia, si algo sucedía durante el viaje, los amigos cercanos de mi papá que vivían en la ciudad de Guatemala estaban en la lista de números de emergencia, a los cuales con previa anticipación les dejábamos saber que íbamos a viajar al país.

Recuerdo estar en mis últimos días de colegio. Para entonces, mi maleta tenía 3 semanas de estar lista al lado de mi mesa de noche, una sensación de emoción y éxtasis corría por mi sangre, cada vez que entraba al aula, sabía que en poco tiempo iba a desaparecer.

Llegó el día tan esperado, mamá nos dejó en la parada del colectivo, espero junto a nosotros para vernos partir. Al lado de nosotros se encontraban familias emocionadas por regresar a su país de origen para las fiestas, vendedores con sus canastos de frutas, otros aventureros repletos de mochilas tal como nosotros, la espera de autobus se sentía eterna.

Mientras esperábamos, comenzaba a salir el sol, a las 7:30 am el bus llegó, mi mamá nos abrazó más de lo habitual, solo pensaba en saltar al autobus, estaba lista para irme.

Una vez en la fila la emoción se esfumo, sentí un silencio abrumador, comencé a perder la visión del ojo derecho, el frio en mis manos era insoportable, lo siguiente que escuche fueron los cantos de los pájaros, todo se desvaneció, el autobus se fue pero yo y mi papá no fuimos con él.

La fiesta a la cual concurrió la ignorancia

Joaquín García

Ya estoy de regreso del funeral. Me pone muy tensa la idea de que, hace un momento, estuve frente a la muerte. Ver allí al hijo del carretero sin vida, su familia triste, amargada, no puedo volver a imaginarme en un entorno así de tenso, tampoco puedo tolerar como los demás continúan de fiesta sin escrúpulos, como si la muerte de este joven muchacho careciera de importancia alguno. Pero bueno, parece que a estos les resulta indiferente.

Finalmente llegó a la fiesta, mis ojos no pueden entender la escena que observan. Totalmente diferente a la del velorio, todo lo contrario diría yo. Se puede sentir otro ambiente, del que emana otra vibra, en este se contempla la alegría, pero esta viene acompañada de una gran ignorancia.

Mirá a toda esa gente sin preocupación, con esas sonrisas ingenuas, hablando, divirtiéndose, parece que su posición privilegiada dentro del círculo social del que forman parte, les hizo olvidar que en el exterior a este, todavía existe gente, la cual no tiene la fortuna de compartir su estatus y parece que por esta condición, son invisibles ante los ojos de los más privilegiados.

Cómo me gustaría contarles a estas personas, hacerles saber cómo es el mundo allá afuera, que salgan de su burbuja. Estar en ese velorio, cambió mi visión de la vida. Afuera, los que son menos afortunados, tienen millones de conflictos y nosotros, en vez de dar una mano o ayudar en que estos problemas se reconozcan, para así brindar o que se les brinde ayuda, solo nos hacemos más distantes a estos, dejándolos en el olvido como si ya no fueran importantes en la sociedad.

Todo esto me deja muchas preguntas, ¿Soy la única en esta posición que piensa así? ¿Alguien se preocupa por los menos afortunados? Y si me toca estar del otro lado, ¿Alguien se preocuparía por mí? ¿O caería en el olvido?

Tiempos violentos

Mauricio Hernany Paz

Soy una chica de gustos varios, muy amante de las novelas mexicanas y de leer bajo la lluvia, porque hace poco me enteré que soy de ese uno por ciento de la población que adora la lluvia, soy única a mi estilo y diferente por naturaleza.

Cabe resaltar que adoro las películas, y más las de mi director favorito que es Quentin Tarantino y la que más resalto (refiriéndome a las películas, obvio) es "PulpFiction".

La traducción (de la misma) al español me parece horrible, no deja entrever nada, sólo el título traducido me parece una aberración: "Tiempos violentos", la verdad es que con ese título corrompe todo el esquema filmográfico.

Son "Tiempos violentos" los que vivimos hoy en nuestra sociedad, a nuestros gobernantes poco o nada parece importarles, nuestra situación como Nación. Tengo de que quejarme realmente ya que mi madre pertenece a la clase obrera. Vendiendo frutas y verduras, y cada tanto la apoyo en lo que necesite, pero debido al alto costo de precios, más le cuesta vender y ese problema nos mantiene en vilo a muchas.

Mi madre habló con el padre de la parroquia que queda muy cerca de casa. El padre cree que necesito ayuda espiritual debido a mis muchos cambios de humor, pero yo no lo veo necesario, soy una adolescente, las hormonas me tienen así y me siento muy autosuficiente cómo para resolver mis propios asuntos, única y diferente, así me considero. Y algo más que añadir hacia mi persona es que soy la hija bastarda (no reconocida) de un político conocido de mi país, de ahí mi obsesión con la política sórdida y los tiempos violentos en los que vivimos.

La decisión correcta

Jésica Martina Iannotta

En camino hacia mi hogar, lo único que ocupa mis pensamientos es el rostro del joven, su mirada profundamente dormida. Ahora es cuando siento un cambio en mí, comienzo a cuestionarme cosas, situaciones que antes no pasaban por mi mente.

¿Por qué tengo que vivir en una sociedad que me limita a seguir determinadas órdenes?, ¿Por qué tengo que hacer lo que mi madre y mi entorno desea, si no es lo que deseo?

Me tocó vivir en una familia de clase alta, tener que respetar lo que "debo hacer", obligarme a hacer cosas que no quiero porque nací en medio de sombreros elegantes, lujos y enormes platos de comida. Constantemente veo la diferencia entre ricos y pobres, como si eso fuera lo más importante en la vida. Y el tema de la apariencia. El querer demostrar algo que no somos para encajar en un entorno particular, y me doy cuenta que no soy así. No me interesa formar parte de algo, sino que quiero ser yo misma, sin prejuicios.

Al ver a Scott pude darme cuenta que todos somos iguales y lo mejor que podemos hacer es disfrutar la vida, el presente, ya que no sabemos qué puede suceder mañana. Al fin y al cabo, va a llegar un día en que no pisemos esta tierra y por este motivo hoy tomo la decisión de dejar de seguir las reglas. Decidir mi camino.

Al ver a mi madre, tendré la valentía de hablar con ella y decirle, sin pelos en la lengua, lo que deseo. Sólo espero que pueda lograr abrir su mente y observar más allá de lo "normal", lo establecido, por una sociedad que sólo piensa en ella misma.

No se fue

Silvana Iaconis

¡Se lo veló durante 3 días porque su familia pidió que así debía ser! Muchos de los familiares llegaban de lejos. Laura no se apartó del cajón, Scott era el objeto de su deseo. Caminó por la sala velatoria con muchas flores en sus manos, llenando de perfumes la pena y el dolor de la muerte. Laura estaba queriendo estar, por fin, al lado de ese hombre que, cuando la miraba, la hacía temblar, le generaba pensamientos de plenitud y de gracia.

Ese muerto estaba vivo, no había sobre la tierra otro igual, ni en los mejores salones de la corte, ni en las tertulias de los teatros, ni en los altos campanarios de

las iglesias, ni tampoco en los imponentes castillos. No había un hombre como él, que solo con mirarla provocaba la extrema sensibilidad a la que pocos llegan. Habían recorrido mares profundos, pero estaban anclados, ahora, en el mismo puerto. ¡Él no se fue! No hay más que decir, no hay más memoria, ni duelo, ni pena. El amor no se va.

En el jardín de la muerte

Antonella Larrañaga Debetak

Virginia y Simón lograron pasar el muro a tiempo. La joven abrió los ojos pero no podía ver, estaba ciega. Asustada, se tiró al suelo, que era suave, como si fuera de seda. Simón la tomó del brazo, la ayudó a incorporarse y le explicó:

-Virginia, no tengas miedo, los vivos no cuentan con la vista en este lugar, ¡Arruinaría la sorpresa! - dijo irónicamente.

-Entonces, ¿cómo se que usted no va a llevarme por cualquier camino o si me hará algo? - le respondió Virginia de manera desconfiada.

-Deberás confiar en mí, de lo contrario, nada de lo que intentemos para que pueda permanecer en el jardín de la muerte funcionará - le dijo el fantasma.

Ella no respondió, y le siguió los pasos al anciano. A medida que avanzaban, Virginia sentía una sensación que jamás había experimentado, era como si estuviera dormida pero consciente de sus actos, de sus pensamientos. Gozaba tanto de esa sensación al punto de no sentir el correr del tiempo, ni de la noche, ni de la vida.

El fantasma se detuvo frente al almendro y recordó para sí las letras doradas que formaban la profecía, esa que le daría paz, que lo llevaría al viaje eterno. Guió a la chica hasta el árbol e hizo que se siente en el suelo tan acolchonado con la espalda contra la madera. Simón se recostó y apoyó su cansado cráneo sobre las piernas de Virginia.

-Estaré eternamente agradecido por lo que hiciste por mí, por acabar con el sufrimiento que padecí todos estos años. Y sé que lo tengo bien merecido por las crueldades que cometí en vida. Quiero darte un presente, y no acepto un “no” como

respuesta – dijo el espectro y posicionó en los manos de la joven un cofrecito que ella no descubriría hasta volver a su casa.

Se quedaron en silencio. El viento ya no era helado, es más, no era viento, más bien era brisa cálida y los abrazaba a ambos con contención, Virginia comenzó a acariciar los mechones grises de Simón y, sin saber por qué, las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos y de repente no sintió cabello entre sus dedos, ni la madera en la espalda, ni la brisa, ni el suelo sedoso, ni la vida.

Renovación

Lucio Lino

Cuando Virginia abrió los ojos, luego de que el fantasma de Cantervielle dejara de tirar de su mano, se encontraba ya, en un amplio salón, completamente iluminado a velas, que daba una sensación de comodidad nunca antes experimentada. Ella creyó que flotaba y se dio cuenta que ese lugar parecía a otro tiempo, y que nunca había estado allí ¿Cómo podría ser, si no habían salido de la casa, y la joven conocía todos sus rincones?

En el espacio pudo reconocer diferentes religiones, que aparentaba ser de la edad media, como armaduras, cuadros y muebles; todos llenos de polvo y telarañas, demostraba no ser visitado en siglos. Todavía sin dar grandes pasos, pudo escuchar al fantasma en una habitación continua. Se oía que buscaba algo: revolvía y tiraba algunas cosas, mientras refunfuñaba palabras irreconocibles.

De repente, apareció Simón con un vestido de seda blanca en sus manos, que parecía tener luz propia. Cuando Virginia se lo colocó, éste adquirió un brillo mayor, con cierta tonalidad anaranjada, y el viejo fantasma se tornó de un color violeta-rosáceo; ambos sonrieron.

Simón Cantervielle, rebosante de alegría, tomó la mano de la mujer y la llevó a un altar, que ella no había notado y que permanecía reluciente.

Cuando estuvieron arriba, él dijo:

-Para que pueda descansar en paz, debes jurar que permaneceremos juntos hasta que la muerte nos separe.

La joven pensó un momento, y respondió tímidamente:

- Lo juro.

-¡Bien!- dijo el fantasma después de besarla- Ahora te mostraré como me ha dejado mi familia durante mis últimos días de vida.

Rápidamente, se deslizaron por algunas portezuelas y pasadizos oscuros, hasta que llegaron a un calabozo frío y húmedo.

-¿Ves cómo me han dejado? Sin comida ni bebida a mi alcance. Por eso valoré mucho tu ofrecimiento ¡Que importante es el respeto y el amor entre las personas! ¡Dejemos de lado los intereses y las falsedades aristocráticas!

La niña dejó salir una lágrima y aguantó el llanto.

-Muchas gracias, jovencita, ya puedo retirarme de este mundo. Nunca olvides escuchar a tu corazón. Ahí están todas tus respuestas- dijo el fantasma justo antes de desvanecer en un halo de energía blanca.

El viaje que no volvería a hacer

Mateo López

El viaje que no volvería a hacer, ni yo ni ninguna persona fue un verano del 2017. Me dirigía a una expedición al oriente amazónico me encontraba yo y mi mejor amigo. Lo habíamos planeado varios meses, que cuando llegamos todo nos parecía fácil y perfectamente identificable, llegamos sin ninguna dificultad al sector del Puyo, la fauna y la flora tropical enaltecían la bella ciudad con sus habitantes. Sebastián, mi amigo, se encontraba entusiasmado por conocer a Mariano el que se convertiría en nuestro guías hamánico.

Aquella noche nos quedamos a dormir en su casa un lugar acogible para extranjeros y lugareños con una pintoresca decoración pre-hispánica y al amanecer partimos a la región del Conocoto, los lugareños nos alquilaron un paragua una canoa larga y angosta de madera con un solo remo, en la cual entraban solo 2 personas, yo cruce con Mariano. El rio fue de las cosas más emocionantes ya que la canoa se mecía apaciblemente tratando de permanecer en equilibrio mientras Mariano remaba con habilidad, varias serpientes se arremolinaban a nuestros costados.

Luego de cruzar el río caminamos 5 kilómetros por una senda entre la selva que habían trazado los shuars de la región, Sebastián tomaba y grababa con su cámara yo solo me dediqué a tomar notas de las cosas más relevantes, llegamos a un campamento, donde se encontraban turistas de distintas partes del planeta.

Y es aquí donde comienza realmente nuestro viaje. El motivo de nuestra llegada, como lo que mantenía los demás era solo una cosa, cruzar el umbral de nuestros sentidos y solo lo lograríamos con la planta sagrada Ayahuasca endógeno iberoamericano potente alucinógeno. Nos dedicamos a almorzar y charlamos con los demás, contamos nuestras historias previas a nuestros viajes astrales y aproximada la noche se realizó un ritual muy estrambótico.

Llegado mi turno de tomar el brebaje y haciendo una señal de que todo estaría bien a mi amigo, me dirigía a las inexploradas y alucinantes tierras de mi mente, exploré desde mi lado más salvaje y conocí a mi animal interno, hasta me adentre a los mismísimos círculos de mi propio infierno. Recordé como en un sueño, ser un bebé en un vientre interno y vi como si de una premonición se tratara mi propia muerte. Este viaje místico duró cuatro horas pero sentí que dejé atrás cuatro vidas. No lo volvería a hacer, por el hecho de que hay cosas que solo merecen ser realizadas una única vez por lo gratificantes que son.

Carta al Presidente Macri

Valeria López Duque

La Plata, abril 16 de 2019

Señor Presidente Mauricio Macri:

No sé si alguna vez recibió una carta de una persona común y además, extranjera, o inmigrante, como usted prefiere llamarnos, pero aquí va: Llegué a éste país, hace alrededor de dos años y siento un profundo amor por él, así que hablo desde ese sentimiento, o más bien desde la simple reflexión como ser humano.

Ir por la calle, o a un bar, café o plazo y no encontrarme un niño o niña pidiéndome algo para comer, o acompañando a sus padres a vender. Me sorprende

no porque en mi país no pase, al contrario, es reprimido por la vigilancia pública, por eso no lo veía tan frecuentemente, pero por favor, no lo vea como ejemplo.

Le propongo algo más difícil y quizás, más efectivo. Piense en su niñez y borre todo lo que vivió, imagínese con dolor de panza todo el día, teniendo que escuchar a sus padres pelear por la falta de trabajo, en la escuela, sus compañeros le cuentan que a sus papás no los contratan por su color de piel, o por “grasas”. Ojalá esa meritocracia de la que habla ahora le hubiera servido, a esa niñez imaginaria que es la real de miles de niños, que además les toca acompañar a sus papas en el “rebusque”, para poder comer.

Lamento decirle que es una situación que acrecienta día a día gracias a sus políticas de gobierno y los más perjudicados son ellos, los niños.

Lo invito a dejar de mirar hacia afuera, usted no es europeo ni norteamericano, es el presidente de Argentina, por favor actúe como tal. No tiene que salir de Buenos Aires para mirar esa realidad inminente, solo basta con salir de la casa rosada. Mire los ojos de sus hijos, ¿y si usted no habría darles la vida que tienen?, ¿Y si no fuera presidente, o ¿Para ésto decidió serlo?

El argentino es de naturaleza curioso y apasionado, no desaproveche eso, haga algo porque esos niños salgan de la pobreza, o por lo menos la mayoría, los niños solo deben comer, estudiar y jugar, no la tiene tan difícil. Hoy lo invito a que constantemente salga de su rol y de su historia de vida.

Lo invito a mirar a otros a los ojos, sin prejuicios, sin categorías. Más bien, como un espejo.

Ojalá, la próxima vez que vea a un niño en la calle, logra hacerlo.

Gracias por leer, cordial saludo

Valeria López Duque

Inevitable

Eva Mareco Cianis

La noche sin estrellas acompañó nuestro paseo por la urbe dormida. Tu casa quedaba cerca así que nos sentíamos seguras. No llevábamos nada de valor encima, solo tabaco y un termo con café.

La rambla de 72, nuestra querida compañera de noches de insomnio, siempre parecía estar esperando nuestra llegada, como si su consciencia fuera invadida por la energía de nuestra charla eterna y esto la renovara. Recuerdo que algunos autos silenciosos pasaban cada tanto, pero no representaban un peligro inminente. Estábamos tan cerca de tu casa... En un momento la charla se volvió existencial y empecé a asustarme con nimiedades tales como el sonido de ramitas partiéndose por alguna causa desconocida, o el ruido del viento que por momentos semejaba un aullido, un grito desesperado. Como mi mente había comenzado a divagar y quería cambiar de plano a uno más realista, rompí el silencio que nos envolvía desde que planteé mi última obsesión persecutoria.

—¿Podemos irnos? Estoy mal viajando.

—Sí, sí. Vamos. Tranqui.

Empezamos a caminar. Cuando estábamos por cruzar la calle, cerca de una loma de burro, una moto nos dividió: como venía muy rápido, vos corriste y yo quedé rezagada. No vi al auto de vidrios polarizados que venía detrás, bastante acelerado también, pero que frenó de golpe para dejarme cruzar, pensé en ese instante previo al horror.

Del auto bajaron cuatro tipos y yo, que siempre creí que podría reaccionar en situaciones de esa índole, que tantas veces me había visualizado cagando a palos a un agresor para rescatar a una posible víctima, me paralicé. Los cinco segundos que tardé en reaccionar definieron mi futuro. Antes de que me pusieran la bolsa en la cabeza vi como te desmayaban de un golpe. Esta vez fui yo la que no volvió nunca más.

Te escribo ahora, tres años después, sabiendo que me buscaron, que gritaron mi nombre incansablemente exigiendo mi aparición, para que dejen de hacerlo. Estoy viva, escapé del infierno cometiendo crímenes que me carcomen la consciencia. No soy igual a ellos, pero mi alma está rota y sucia. La culpa equipara mis acciones a sus torturas, aunque sé que no tienen comparación sus vejaciones.

Necesito tiempo para sanar, aunque no creo que la cicatriz cierre alguna vez.

Carta al Presidente Jair Bolsonaro

Igor Matheus Da Fonseca

La Plata, 11 de junio de 2019

Sr. Presidente Jair Bolsonaro:

Me dirijo para decirle sobre la educación y la niñez. Bueno, ¿Cómo va a andar el desarrollo de la educación pública en nuestro país? Varios chicos están sufriendo por el capitalismo y la educación, hay un monopolio de parte de ustedes.

Varios no tienen cómo ir a la escuela por falta de plata. Usted va a decirnos: "Pero tenemos la tarjeta de transporte público", sí la tenemos, pero vale recordarnos que ésta se tarda tres meses para utilizarla.

Ahora un punto crucial, que son las embarazadas, que no hay una enseñanza a distancia para aquellas que no se pueden mover, muchas veces dejan de estudiar, ¿Ustedes creen que está bien la educación así?

Sobre un análisis que su gobierno dice no poner en las clases la enseñanza de los géneros, ¿Por qué para ustedes no hay géneros, no? ¿Por qué las chicas utilizan rosado y los chicos azul? Creo que tenemos que cambiar esas cosas y dejarnos elegir. Como el Examen Nacional de Enseñanza Media (ENEM), al cual nosotros tenemos que estudiar algo que no vamos a tener en nuestra carrera.

Sabemos que muchos brasileños están eligiendo otros países por no tener una buena educación. Bueno, elegir una buena educación para quien lo necesite, porque ni todos tienen derechos y plata como los demás.

Saludos cordiales,

Igor Matheus Da Fonseca

Humanidad inhumana

Octavio Musolino

Las puertas de la iglesia se cerraron. La tormenta empeoraba a cada segundo y la incertidumbre invadía a los refugiados. Tampoco la comida daba a basto, por lo que el alcalde de la ciudad indicó a las monjas que ya era gente suficiente, y ellas obedecieron trabando las puertas.

En la radio se escuchaban balbuceos pero se entendía que lo que estaba pasando afuera era peligroso. Habían desaparecidos y hasta muertos, recomendaban quedarse dentro.

Reinaba un silencio de misa, que fugazmente fue interrumpido por fuertes golpes en la puerta de entrada.

-¡Déjenme entrar, por favor! - chilló una voz aguda desde el exterior.

-No abran – le gritó el alcalde al cura, quién ordenó a las monjas obedecer – puede ser peligroso, no sabemos qué está pasando.

Los golpes seguían retumbando en la puerta y un hombre, cansado de la situación, se levantó decidido a abrirla. En su camino se topó con el alcalde, que le lanzó una mirada amenazante.

-¡Alto! Aquí no entra nadie.

-Mire señor, mi nombre es George. No sé qué valores existan dentro de esta capilla, pero los míos me obligan a dejar entrar a esa muchacha, le guste o no.

-Será peso muerto, y ¡la comida se acaba!

-Esto va más allá ¡es una vida en peligro! - George se dirigió enfurecido hacia la entrada.

Los golpes en la puerta ya no se escuchaban. Al abrirla, una ventisca helada invadió los rostros de los presentes y al bajar la mirada, casi tapado por el hielo, se encontraba el cadáver congelado de una joven de aspecto aterrado.

Temor de no volver

Brenda Paez

Todo comenzó una noche fría, oscura en donde llegar a mi casa se volvía cada vez más difícil. Me encontraba con mi grupo de amigas un sábado de octubre como solíamos hacer, nos juntábamos, tomábamos un poco y luego salíamos a bailar. Esa noche, todo fue diferente desde el momento en el que llegue a la casa de mi amiga, un señor me aterrorizó al intimidarme con la mirada desde su auto color negro, me invadió el miedo. Llegué, me bajé del remis y el mismo auto que me seguía, se situaba en la esquina del lugar donde me encontraba.

Todo seguía bien, solo pensé que era mi mente la que suponía que algo malo iba a pasar. Llegado el momento de irnos, el remis estaba ubicado en la puerta de la casa de mi amiga, ya nos encontrábamos en la vereda, solo esperábamos que cierre la puerta, y el mismo auto negro estaba en la misma esquina donde lo vi por última

vez. El miedo y la desesperación que tuve en ese momento fue inexplicable, porque el señor se aproximó rápidamente hacia nosotras tres, intentando que nos subiéramos a su auto. El remisero al ver toda esa situación, se va dejándonos a la deriva.

No logró lo que pretendía ya que justo aparecieron dos chicos que con amabilidad nos ayudaron a liberarnos del señor. Luego de calmarnos por la situación, cada una quedó con el temor de no saber si volvemos a nuestra casa cada vez que salimos a cualquier lado. Por eso es que actualmente trato de no ir sola a ningún lado, de no saber que pueda llegar a pasar sin importar que hiradea ni a donde me dirija.

Me despierto y solo se me viene a la cabeza lo loco que es el mundo, la sociedad en la que vivimos y como debemos manejarnos dentro de cada pueblo, de cada país. Deberíamos ser libres y no tener que vivir con el temor que no solo a mí me pasa, seguramente a cualquier persona sin importar el género, la edad o si sabe algún método de defensa.

Pesadilla

Melany Pardo Olivera

Dicen quienes estudian los senderos de la mente humana que hombres y mujeres estamos malditos con miedos ancestrales que han aterrado a otros hombres y otras mujeres en otro mundo y otras épocas. También, que el poder del temor es tal, que podría arrancarle de cuajo la vida del pecho a los hombres más sesudos. A juzgar por mi escepticismo, antaño hubiese considerado estas afirmaciones como meras patrañas ocultistas. Sin embargo, estimado lector, los hechos que me dispongo a relatar son tan verídicos como el papel sobre el cual escribo.

No hace mucho, vivía yo en la casa familiar junto a mis padres y mi hermano, cuya alma era constantemente atormentada con horrores de origen desconocido. Sufría el pobre de un pánico irracional a las penumbras: todos nosotros contemplaban con indulgencia maternal los efectos convulsivos en su semblante a medida que la noche se abría paso en el horizonte. No obstante, siempre tuve la sensación de que aquel miedo era real y visceral en partes iguales.

La noche que tuvo lugar el deceso de Alan, mi hermano, todos nos habíamos retirado a nuestras habitaciones en la oscuridad más profunda. De inmediato me hundí en el sueño, pero a mitad de la noche me despertaron tres golpes secos, luego el chirrido de la puerta y luego un grito ahogado seguido de pasos que se arrastraban por el suelo. Supuse, como era usual, que mi hermano había sufrido una de sus sobresaltos nocturnos. Pero mi sorpresa fue grande, a la mañana siguiente, cuando encontré a Alan tendido en mitad de la habitación, con una mueca deforme en el rostro y el susto rígido de la muerte impregnada en su rostro.

Verdad

Tomás Peralta

Una vez que llegué a mi casa, me recosté en mi habitación, intenté tranquilizarme, pero mi cabeza no tenía freno, en lo único que pesaba era en una sola cosa, la muerte, una palabra tan fría que se interpreta de tantas maneras diferentes que asusta. ¿Cómo sería? Pensaba, mientras otras preguntas abarcan en mis pensamientos ¿Cómo reaccionaría si fuera alguien cercano? ¿Cómo reaccionaría si fuera alguien cercano? ¿Y si me pasara a mí? ¿Alguien iría a mi velorio?

Pero también ¿morir, sería dejar de sufrir? Porque ya no tendríamos que seguir aparentando para ser aceptados por la sociedad, solo sería yo conmigo mismo, y ya no tendría que aparentar mis sentimientos para que otros me vean bien; por otro lado me gusta como vivo, pero pienso también en la gente que no tiene nada, que vive en la miseria, que no tiene a nadie, ¿ellos están muertos? ¿O solo lo están por dentro?

La muerte mueve tanto en las personas que logra sacar su lado más blando, la persona se parte por dentro, pero no quiere decaer, quiere seguir porque su único deseo es vivir.

Me di cuenta ahí, cuando lo vi, acostado, pálido en un cajón, que nada vale la pena más que ser felices haciendo lo que nos gusta e intentando dar lo mejor de nosotros, que lo que piensa el resto ¿De verdad importa? Si en algunos casos no hacemos lo que nos gusta por sus tontos prejuicios. No necesitamos ser algo más que nosotros mismos, no necesitamos aparentar o demostrar algo que no somos,

siendo lo que en verdad somos, demostrando lo que nos gusta y haciendo eso que nos hace bien demostramos lo que en verdad importa demostramos lo que en verdad importa: la felicidad.

¿Qué es la muerte?

Juan Pedro Riera

Salí del funeral muy nerviosa e impresionada por ver al muerto, pálido y en traje, con la cara media roja. Caminaba a mi casa y no dejaba de pensar en Scott, de quién era y si merecía morir. Todos tenemos una vida, y cosas que queremos hacer, si no lo hacemos, no jodemos.

Me puse a pensar en todo lo que quiero, tengo que intentar aunque no me salga, así que me sacaré la vergüenza y empezaré a realizar las cosas que me gusten, a tomar mi tiempo. El muerto aquél me hizo recapacitar, mirá si por hacer lo que mi madre dice, no tengo la chance de poder ser quién quiero.

Empecé a dibujar, lo primero que me vino a la mente fue el muerto, agarré el lápiz y no paré, me gustó cómo lo vistieron y analicé su postura. Pensé, ¿Por qué lo ponen de esa manera? No me supe responder. Cuando pinté la cara, con tonos de blanco, sentí algo desagradable, como si lo tuviese a mi lado, podía sentir su olor, ver cómo la cara se hinchaba y su pelo no se quedaba quieto. No resistí con tantas sensaciones que, al pasar unos minutos, me caí en el suelo, derramando la pintura sobre el dibujo. Cuando me levanté no lo pude ver, mis lágrimas chocaban con la obra, que ya se había arrugado.

Reflexión de clases

Kevin Rosino

Sigo sin entender aquel momento. A pesar del miedo que tenía, porqué la familia aquella me recibió con tanto afecto, si no me conocían personalmente. También no entiendo, porqué mi familia juzga tanto a estas personas, si después de todo, son tan buenos como nosotros.

Aquel cuerpo de Scott, tan felizmente marchitado, no deja de darme mucho que pensar sobre la vida, sobre las personas que tenemos cerca y en la familia. Pienso en esas familias, tan carecidas de lujos materiales que a mi siempre me brindaron, ¿Cuál es el secreto para seguir siendo felices?

Desde muy chico siempre me alejaron de su espacio, me era prohibido estar con ellos, y ahora que atraviesan la pérdida de uno de sus familiares, justo en ese día, por primera vez que voy, con una canasta de comida sobrante de la fiesta, ¿Me abren la puerta como si nada? ¿Mi familia haría lo mismo si la situación fuese la contraria?

Si bien el camino a casa es corto, al final de ese largo día, lleno de varias emociones, me resulta difícil no pensar en la relación de la gente de enfrente, y a su vez, tan desconocido que es para mí. Con esta desgracia espero que mi familia empiece a ver con otros ojos a esas personas, y, porqué no, a la vida misma. Después de todo, todos terminamos en el mismo lugar.

El viaje que no volvería a hacer

Soulange Segura

Esos ojos aún se estaban ajustando, con lentitud, a la visión nocturna. Aunque en la distancia, aún después de tantos años, sigo esperando nitidez visual.

Todes empezaron a estirarse, a levantar sus cabezas de la cabecera del asiento. Desde aquí lucían el torbellino al que se habían entregado sus cabellos. Había sido el frenazo el director del concierto de murmullos.

Pi-pi-pi y las luces cálidas diminutas dibujaban el camino hacia la puerta. Tras pedirme el compañero de al lado por favor dejara de tararear melodías mentales, creí que era mejor salir. El aumento de los latidos del corazón tras pensar en algunas pataditas terminó por convencerme de salir. Seguramente el acto mero de pedir o comprar un cigarro habilitaría un intercambio de conjeturas sobre lo sucedido.

-Carajo -se interrumpió el piloto.

-¿Van a poder resolverlo pronto?-. Él levantó una ceja y aspiró una bocanada de aire.

No lo dejé contestar.

-Voy a bajar a fumar.

No había bajado nadie aún. Al parecer la estrategia dio el efecto esperado.

Detrás de mí bajaron casi la mitad del bus. Era lo que había venido sucediendo en los dos días anteriores de viaje. Así, en esas circunstancias, Cristina y yo nos tomamos la fotografía como si nos estuviéramos lanzando al abismo.

Una vez abajo del bus, el baile de mi cuello fue el mismo cuando me enamoré del cuerpo humano por primera vez, a los trece. El panorama merecía ser observado a cada milímetro: mis pies estaban sobre arena fosforescente. Que reflejaba el brillo lunar conforme iba alzando la vista. El cielo negro azabache adornado de figuras blancas lechosas. Un círculo completo amarillento, el más grande que mis ojos han visto. Así dispuesta era al parecer más grande que yo.

Esto fue lo que me regaló el desierto de Moquegua. Un viaje que no volvería a hacer sería alguno directo, medido, calculado.

Carta al intendente de La Plata

Martín Vilela

La Plata, 16 de abril del 2019

Señor intendente Julio Garro:

Dado el tiempo que nos toca vivir, me refiero a la crisis económica que son periódicas y recurrentes en nuestro bendito país, me dirijo a usted con el fin de alertarlo de la delicada situación de nuestros niños más humildes y desvalidos.

Señor la situación es exasperante. Se lo retrato de la siguiente manera: el otro día yendo al supermercado oriental de mi barrio me choqué en la puerta con unas vocecitas que murmuraban algo, no se qué, y parecían dirigirse a mi persona.

No es que no escuché, no es que decidí hacer oídos sordos, solo que iba pensando en la lista de artículos que debía llevar a casa y si me equivoco mi mujer me hace volver a cambiar por ejemplo harina común por harina leudante, pero este es asunto de otro costal. Luego de recoger todos los víveres en la cola cerca de la caja tome unos alfajores que tanto me tientan y un juguito multifruta para bajarlos en el camino a casa.

Pago en la caja como corresponde. Salgo. En la puerta me encuentro con unos chiquilines amorosos y con cara de pícaros. Trato de salir raudamente de esa situación. No entendía y al no entender lo mejor es salir rápido de ese momento de incertidumbre.

Una mirada fugaz por sus caritas me compungió. Señor tal fue mi sorpresa cuando oí de ellos el pedido de auxilio: reclamaban un pedazo de pan. ¡Un pedazo de pan! Señor intendente se me partió el alma. Gire sucesivamente mi cabeza a la izquierda y a la derecha. No vi un solo representante del pueblo. ¿Donde está lo que usted prometió en campaña? ¿O ya se olvidó señor intendente?

Como mi alma partida en dos, partí en dos mis dos alfajores, de modo que obtuve cuatro mitades que nos las repartimos entre aquellos tres hermanitos y yo. Luego a mi pesar les deje la bebida edulcorada que a los niños tanto les gusta.

Señor intendente usted debe ocuparse de los niños de nuestra ciudad que a las nueve de la noche están pidiendo en la calle el desayuno del día anterior.

Saludos cordiales,

Martín Vilela

El primer día

Sayi Zabaleta

Era su primer día en el nuevo trabajo. Después de horas dando vueltas en la cama, se levantó. No había dormido nada la noche anterior.

Se duchó y se preparó el desayuno, pero no pudo probar bocado: sentía como si le hubieran volcado cemento fresco en el estómago. Tardó una eternidad en cambiarse, nada la convencía. Al final, se decidió por un pantalón azul oscuro y un blazer haciendo juego, una camisa blanca y zapatos de taco. Se maquilló, se peinó y chequeó tener todo lo necesario en la cartera. Tomó aire, abrió la puerta y salió de su casa pensando si el labial que se puso no sería muy fuerte o si el traje no sería demasiado formal.

En el colectivo, las dudas sobre su aspecto le carcomían la cabeza y crecían y crecían como una colonia de hongos en una fruta muerta. No le gustaba llamar la atención. ¿Y si en la oficina nadie usaba traje? Todos iban a creer que era una

pretenciosa, una engreída. Todos y cada uno la iban a mirar mal. Podría sentir esas miradas comenzar a clavarse en su nuca, y empezó a rascarse el brazo derecho para alejar el pensamiento – hongo. No funcionó, así que probó con el izquierdo, más fuerte, hasta que sintió que las personas en el colectivo la miraban. Se detuvo, tras otros diez minutos de viaje, se bajó en la calle Juncal.

Empezó a caminar entre la gente que también se dirigía a trabajar y la inminencia de la llegada a la nueva oficina le hizo aumentar las pulsaciones. Podía sentir como su cara se iba tornando cada vez más roja, no dejaba de pensar en cómo la iban a rechazar sus compañeros cuando la vieran así vestida y el pensamiento – hongo bajó a su garganta transformándose en arena, en tierra seca que le obstruía las vías respiratorias. Se apoyó contra una pared y empezó a respirar con fuerza, tratando de devolverle el aire a sus pulmones. Cuando lo logró, decidió que ese no iba a ser el día de su muerte. Se dio media vuelta y volvió a su casa.